EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — NÚM. 10256

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península. Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id. Extranjero.—Tres meses, 15 id. La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes. Toda correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 10 DE ENERO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vino, moderno sistema.—Bombas Nobel y otros sistemas para tratamientos.—Azufradores, extendedores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de maíz (6 fanegas por hora).—Embudos [illegible] ticos.—Tijeras para [illegible] etc.—Arados de vertedera.—E[illegible] artificial.—Palas, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

El periodismo

Cuando tomo en mis manos un gran diario, cuando recorro sus columnas, considero la diversidad de sus materiales y la riqueza de sus noticias, no puedo ménos de sentir un rapto de orgullo por mi siglo, y de compasion hacia los siglos que no han conocido este portento de la inteligencia humana, la creacion más extraordinaria entre las creaciones.

Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor y telégrafos, sin las mil maravillas que la industria moderna ha sembrado en la via triunfal del progreso, ornada con tantos monumentos inmortales; pero no comprendo una sociedad sin este libro inmenso de la prensa diaria, en la cual se registran por una legión de escritores que debian ser sagrados para el pueblo, nuestras dudas, nuestras angustias, nuestras vacilaciones diarias, nuestros temores y grados de perfección que vamos alcanzando en la obra de realizar un ideal de la justicia sobre la tierra.

Yo comprendo hasta la vida monástica, hasta el aislamiento de un hombre que renuncia á la dilatacion del corazon en la familia para consagrarse á Dios, á la ciencia, á la meditacion, al ócio si se quiere, en una de esas islas morales que se llaman monasterios; pero yo no comprendo como ese hombre renuncia á leer un periódico, á pensar fraternamente con el cerebro de toda la humanidad, á sentir con el corazon de todos los hombres, á mezclar su vida en el océano de la vida humana, viendo correr sobre sus olas el viento de todas las ideas.

Los antiguos chinos tenian una institucion portentosa, una institucion de historiadores. Encerrados en un palacio circuido de jardines, se consagraban en silencio á escribir los hechos diarios con la severa magestad propia de los jueces del tiempo, de los dispensadores de la inmortalidad! Al lado de la dinastía de emperadores, se hallaba esta severa dinastía de los tribunales. Era mas que una magistratura, era un sacerdocio, y todos lo acataban, como los representantes de la raza humana y como los emisarios de la divina justicia. Su ministerio estaba reducido á grabar en páginas inmortales que debian conservarse como el vínculo de las generaciones, los hechos mas importantes del imperio. Jamas pueblo alguno honró á sus sacerdotes como estos primitivos autores de la historia, despues de haber vivido en una infancia eterna, honraron á sus historiadores.

Pues bien, yo digo que los pueblos modernos debian de una manera análoga honrar á los periodistas. Por estos excepcionales testigos salen los rayos de luz, que se cruzan en el horizonte; por estos jueces llegan en definitiva á tener formulado el juicio de la conciencia humana sobre todos los hechos. Importa poco la pasion de partidos, sin la cual acaso no se comprendiera esta obra portentosa que, como todas las obras humanas, ha menester para moverse el ardor de su grande pasion. Importa poco el estilo calculado en unas ocasiones, la parcialidad en otras, la injusticia, hasta la mentira, porque de esa guerra de las fuerzas intelectuales resulta la vida total, como de las sombras resulta la armonía de un cuadro. Mejor seria si no tuviese todos esos males, como seria mejor no hubiese enfermedades físicas, ni desgracias morales; pero es tan difícil rectificar la sociedad como la naturaleza y sus leyes son tan complicadas como las leyes del Universo, y á veces tan fatales.

Y es una fatalidad del organismo social que encuentre el progreso obstáculos en las grandes obras creadas para corregir sus errores, y se apodere de instrumento forjado para destruirlo, que sirva mucho á crear el mundo calginoso de la inventiva y destruir el luminosísimo éter derramado por Dios para formar el mundo de la verdad. Y si un dia fuesen llamadas á juicio todas las instituciones de que tanto se enorgullece en todos los pueblos, y se presentaran llevando cada cual en una mano los bienes que han hecho y en la otra los males, acaso ninguna podrá levantarse tan pura como la Imprenta y ninguna mereceria una bendicion mas justa de la conciencia humana.

Obra maravillosa la de un periódico; obra de ciencia y arte. Seis siglos no han podido rematar la obra inmensa de un periódico. No se pueden medir los grados de la vida, de luz, de progreso que hay en cada hoja del coso que formó la prensa. En él desde las insignificantes noticias relativas á los seres más desconocidos hasta el discurso que resuena en la mas alta tribuna y conmueve todas las inteligencias; en él, desde las sensaciones fugaces de un baile hasta las obras de arte que rigen serenas en la inmortalidad.

Esta hoja maravillosa que se llama periódico, es la enciclopedia que necesita una fuerza incalculable, una ciencia que es como la condensación del espíritu de todo un siglo.

Cuando yo me figuro á Atenas, me la figuro explendida con sus legiones de escritores y de poetas; con sus asambleas donde cada discurso era un himno; con sus cantores; con aquél teatro que tenia por foro las ondas del Mediterráneo; con aquellas procesiones en que iban las vírgenes griegas coronadas de flores, lanzando al son de las cítaras con aquellas estatuas que realizaban el bello ideal de la hermosura plástica; con aquellos juegos olímpicos donde los caballos blancos arrastraban en el carro de oro á los guerreros armados de sus lanzas, como Júpiter del rayo; con sus escuelas en que se aprendia al mismo tiempo la metafísica, la gimnasia, la música, la geometría con toda su vida que era el culto diario de la hermosura y del arte! Pero ¡ah! me entristece de aquella civilización, el que no tuviera periódicos; pues por el periódico dejamos de ser miembros de una ciudad para ser ciudadanos del mundo.

Nuestras ideas son como los átomos del aire en que respiran nuestras almas; son como la atmósfera moral del globo. Es necesario medir toda la dignidad de este ministerio para poder ejercitarlo con toda su magestad y con toda su grandeza. Es uno de los mas sublimes que puede ejercer el entendimiento humano.

Obreros de imprenta, escritores modestos y obscuros, no habeis podido nunca medir toda la importancia de vuestra obra, porque habiendo nacido en medio de ella, la considerais en vuestra modestia como una parte de vuestro mismo ser. Pero ¡ah! sin vosotros, los hombres ilustres se perderian, las glorias mayores serian como campanas sonando en el vacío. Vosotros llevais á los doloridos, á los desamparados, las esperanzas de todo. Vuestras plumas son como los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta.

EMILIO CASTELAR.

ULTIMA MODA

Juan y Pura, matrimonio
de seguro, cual no hay dos,
viven en gracia de Dios...
con ayuda del demonio.
Juan que es hombre prevenido,
sólo á la Bolsa se aplica;
Pura tambien se dedica
á la bolsa del marido.
Dicen si es el licencioso
y si ella tiene caprichos,
pero no pasan de dichos
que propala un envidioso.
Pequeño grano de anís
para dos que bien se avienen.
Tienen hijos, más los tienen
educándose en París.
Allí la instrucción les dan
ya juegan á la ruleta,
y saben ¡ciencia completa!
cuatro pasos del can-can.
Así llenan su deseo
y su amor paterno agrandan.
¡Todos los meses les mandan
sus besos por el correo!
El va al casino, al teatro;
ella al Prado, á las soirées.
Si él derrocha como tres
ella tira como cuatro.
Con distintos intereses
marchan á los mismos fines:
ella corre los patines,
y él corre potros ingleses.
Sin un desliz ni un afán
su calma así se asegura.
¡Qué felices Juan y Pura!
¡Y qué esposos Pura y Juan!
Sin que á reñirse se atrevan
se encontrarán de luna á luna,
y así la pasada cuna
como una pluma la llevan.
Del lazo matrimonial
no se hizo mejor proyecto.
¡Este es el cuadro perfecto
de la moda conyugal!

José Jackson Veyán.

TIJERETAZOS

La edad de piedra se perdió en la noche de los tiempos; pero la época de las pedradas continúa en todo su explendor.

La honda alterna con el bolí, y un dia le saltan un ojo á un transeunte y otro le hacen un siete en la cabeza á un

cabeza erguida, el tránsito del *porche* hasta la biblioteca solitaria, que verificó por entre las filas de criados; de los cuales, dos ó tres solamente, que eran sirvientes antiguos de la casa, le habian visto niño; y ni aun esos mismos podian presentar una sonrisa al amo, que era enteramente estraño para ellos.

CAPITULO IV.

Dos años habian corrido desde la fecha del último capítulo hasta que Ernesto volvió á presentarse en el mundo; estos dos años habian perdido sus felices derechos de hombre privado, se habia dado al público, habia entregado su nombre á la lengua de los hombres; estaba sugeto á que lo encomiasen, lo censurasen, lo examinasen, lo acechasen; Ernesto Maltravers se habia vuelto autor.

habia visto nunca, ni para exaltarse con lo que no habia sentido jamás.

Observador tranquilo y reflexivo, sus descripciones eran tanto más vivas, cuanto sus impresiones se hallaban en toda su fuerza. Su experiencia no habia profundizado en la superficie árida de edad madura, si no en el rico y fresco suelo de las emociones juveniles. Otra razón, quizás del buen éxito de sus ensayos fué, que poseia conocimientos mas variados y mejor coordinados que los que la mayor parte de los escritores noveles juzgan necesario poseer. No se esforzaba, como Cesarini, en hacer ostentación de palabra sobre un fondo pobre de ideas; si un estilo era elocuente ó nervioso, consistia en que era la expresión fiel de pensamientos bien comprobados, bien dirigidos. Otra tercera razón, y llamo la atención aquí, tanto para instruir á los demas, cuanto para ilustrar la carrera de Ernesto Maltravers, otra tercera razón de la acogida hecha por el público á su debut fué, que él no habia vulgarizado, por decirlo así, su estilo y sus ideas en aquella escuela, la peor de todas para el literato principiante, las columnas de una revista.

Las publicaciones periódicas son un medio excelente de comunicación entre el público y un autor ya formado, que ha perdido el encanto de la novedad, adquiriendo el peso de una reputación establecida,